



“El nacimiento último” de Vicente Aleixandre

Un libro de Darío: he aquí el génesis de lo que andando el tiempo habría de ser la pasión de su vida. Dámaso Alonso, el “amigo de todas las horas”, puso su corazón en movimiento, dió pie, sin proponérselo, para que naciera, allá por el año 1927, su primer libro, “Ambito”, cuya lectura conmovió a toda la crítica. En 1932 aparecería su segunda entrega poética, “Espadas como labios”, donde Vicente Aleixandre comienza a explorar, desde la fórmula surrealista, horizontes nuevos. Luis Cernuda, fiel compañero de viaje, pudo escribir con toda justicia: “El superrealismo francés obtiene con Aleixandre en España lo que no obtuvo en su tierra de origen: un gran poeta.”

El grupo de 1927 aparece cuando el Modernismo está totalmente superado. La literatura emprende caminos inexplorados, se ejercita en continuos experimentos creadores, practica la “evasión”. Comienza a surgir lo que Ortega llamó “la deshumanización del arte”. En Velintonia, 3, la casa madrileña de Aleixandre, se reúnen los jóvenes iconoclastas de la época, inconformistas, rebeldes, alborotadores, cuyos postulados chocaron frontalmente con el rigor y la gravedad que los académicos habían venido imponiendo hasta entonces. Alberti, Federico, Altolaguirre, Salinas, Guillén, Gerardo Diego... Y Neruda, más adelante, que arribó como embajador de Chile ante la República Española. Y, cómo no, el joven poeta oriolano Miguel Hernández.

Aleixandre —ha escrito Bousoño— “hace de la solidaridad amorosa con el cosmos y el hombre el centro de su actividad literaria”. Aleixandre cultiva el verso libre con una coherencia de pensamiento inigualable. Profundiza en dos direcciones opuestas: en lo exterior y en lo íntimo. Es la suya una poesía metafísica, y, al mismo tiempo, una poesía ética. Canta infatigablemente la añoranza del paraíso perdido, traduce su pesimismo innato, su incredulidad en la “bondad natural” del hombre. El, tan bondadoso siempre. Se vale de símbolos, de animales, de imágenes próximas a la naturaleza. En “La destrucción o el amor”, Vicente Aleixandre alcanza la plenitud de su poética impar: “Todo pasa. / La realidad transcorre/ como un pájaro alegre.” La poesía de Aleixandre, al igual que la de sus compañeros de grupo, aspira por expresa voluntad al predominio de la metáfora. Ya lo escri-

bió Ortega: “La poesía es el álgebra superior de las metáforas.” Con anterioridad, y con otras palabras, también lo había dicho Marinetti: “La poesía ha de ser una sucesión ininterrumpida de imágenes”. Para Gómez de la Serna, maestro próximo de la Generación del 27, “lo único que quedará, lo único que en realidad ha quedado de unos tiempos y de otros, ha sido la gracia de las metáforas salvadas”.

El grupo de 1927 optó por utilizar un lenguaje poético distinto a la lengua hablada. Para ello prescindió de las impurezas, que es tanto como decir de todo aquello que define al hombre como tal: sentimientos, emociones, semblanzas... La poética de entonces se afana en acabar con cualquier servidumbre impuesta, aspira a romper los vínculos con la realidad, pretende ser independiente, autónoma, se sitúa “al margen de toda preocupación estética”, según André Bretón, en su “Manifiesto del surrealismo”. Pero no todos los poetas están de acuerdo con esta premisa. “La poesía es el sí y el no —ha escrito Gerardo Diego—: el sí en ella y el no en nosotros.” No estuvieron, pues, los surrealistas de entonces tan deshumanizados como pretendían darnos a entender. No hay que olvidar que la poesía no ha sido nunca hija natural del escepticismo y del tedio. Por mucha intrascendencia que quiera conferírsele, la poesía no debe estar ausente jamás de calor humano. Y es que las posturas radicales no pueden mantenerse indefinidamente.

“Amar es conocer. Quien vive sabe,” ha dejado escrito Vicente Aleixandre en “Poemas de la consumación”, su libro más logrado, con “Diálogos del conocimiento”. Ambos libros nos ofrecen un excelente ejemplo de poesía mística, de honda filosofía, tan sólo comparables a los diálogos con el Amado de San Juan de la Cruz o de Santa Teresa. El sueño y la realidad se funden y se confunden, se identifican. El poeta ha descubierto, si no la verdad absoluta, sí parte de la verdad: su propia imagen frente al espejo. Se ha sentido impulsado al fondo de sí mismo. Ha sabido conjugar el caos con la unidad esencial: “Toda mi vida ciego dibujando personas”. Y es que la oscuridad, más pronto o más tarde, nos lleva hacia la luz, hacia el “nacimiento último”, que es la muerte.

Julián Márquez Rodríguez

El siempre dijo que poesía era comunicación, comunicación total, no sólo de urgencias y de contenidos, sino de todo el universo pleno de la expresión poética. Yo diría también que para Vicente Aleixandre poesía era libertad. Gracias a ella supo liberarse de la represión interior y exterior de una octogenaria existencia, de múltiples dictaduras impuestas desde fuera y desde dentro. Encerrado en sí mismo, sin más contacto exterior que el de la amistad, Vicente Aleixandre se mantuvo vivo y libre gracias a su poesía. Así pudo soportar una enfermedad que le enclaustró durante casi toda su vida, un amor ensoñado y nunca confesado ni conseguido, una mordaza política de cuarenta años que llevó a la muerte y al destierro a la mayoría de sus compañeros de generación.

Fué un exiliado de sí mismo, un eterno adolescente como aquel Luis Cernuda hermano con el que en 1931 gozara los placeres de la libertad republicana y de la amistad más profunda. Fue un niño chico que no quiso crecer con la sombra del paraíso en sus versos y la alegre y azul transparencia del malagueño mar de la infancia.

Y libertad fue su “Ambito” y su “Pasión de la tierra” y sus “Espadas como labios” y su “Destrucción o el amor” y su “Mundo a solas” y su “Sombra del paraíso” y su “Nacimiento último” y su “Historia del corazón” y sus “Poemas de la consumación” y sus “Diálogos del conocimiento”.

Y libertad fue su confesión amorosa, su sutil metafísica, sus nostalgias de infancia, su invitación a mezclarse con todos en la gran plaza. Y libertad fue su riqueza estilística, su búsqueda incansable de nuevos caminos de expresión.

El siempre dijo que poesía era comunicación; comunicación es libertad.

Pascual—Antonio Beño